

Convención Diocesana 2024

¡Bienvenidos a nuestra cuadragésima cuarta convención diocesana aquí en El Camino Real! Estamos en línea, y este sermón está grabado para que las congregaciones puedan utilizarlo mañana o la semana siguiente.

En la Convención Diocesana, nos acostumbramos a celebrar los hechos de este último año y escuchamos algunos informes de nuestros líderes diocesanos.

Y si bien es cierto que hemos hecho mucho, pero lo que queda en nuestros corazones y mentes cuando pensamos en nuestro país y en el mundo es sumamente importante.

Quiero hablar hoy de la particularidad de la Iglesia como institución. Porque se sitúa en un lugar que está a la vez en el mundo y aparte del mundo. Y nosotros, como sus miembros, vivimos en este espacio liminal.

Seamos sinceros: anticipar el resultado de unas elecciones generales en un país tan dividido como el nuestro ha sido difícil. Sin embargo, como pueblo cristiano, nos basamos en las Escrituras, donde nuestro propio año eclesialístico nos invita a experiencias de Adviento y Cuaresma, en las que recorreremos un camino de santidad a través de un paisaje nebuloso. Este es nuestro camino como peregrinos.

En los últimos meses, he oído preguntas ansiosas y prácticas sobre cómo los resultados de las elecciones generales podrían afectar al labor de la Iglesia Episcopal y, más concretamente, a nuestro ministerio en la Diócesis de El Camino Real. Y es una pregunta que quiero tratar claramente hoy y a medida que avanzamos.

Permítanme hablarles directamente desde mi propia experiencia.

Desde cuando era niña en Perú, estuve en un lugar de agitación política e incertidumbre. En aquella época, los gobiernos eran democracias y oligarquías, y luego vinieron los golpes militares y las dictaduras. Fui testigo tanto de las complejidades de la situación política como de la forma en que los fieles seguían sirviendo. Sí, las emociones estaban evidentes, pero el trabajo de los fieles apenas se vio alterado.

Ciertamente, el pueblo de Dios no ignoraba lo que ocurría en el mundo, y cada uno tenía su propia opinión sobre un determinado líder y su forma de gobierno. Incluso mis padres no estaban de acuerdo políticamente, y mi testigo incluía las discusiones en nuestra mesa familiar. Las cosas no terminaban con la discusión, pues mis padres elegían dedicarse al ministerio de forma diferente el uno del otro. Sin embargo, en retrospectiva, puedo ver cómo cada uno seguía el Pacto Bautismal y vivía fielmente. Esta experiencia quedó grabada tanto en mí y como en mis hermanos.

Durante esa época, entré en contacto con el gran teólogo Gustavo Gutiérrez. Él dijo repetidamente de su propia experiencia: "Creo para comprender". Con esto, Gutiérrez quería decir que creencia era la lente a través de la cual adquiriría comprensión de este mundo complejo y de cómo vivir en él.

Como cristianos, y deberíamos reclamar ese título "cristianos", nuestra creencia personal en el ministerio de Jesús y nuestra esperanza en el Señor Resucitado informan nuestra forma de vivir la vida. Nuestro trabajo como cristianos se ve moldeado y remodelado cada día por nuestra comprensión del Evangelio.

La primacía de nuestro enfoque en el Evangelio no significa que desviemos nuestra atención de lo que ocurre en la situación política, ni aquí en nuestro país ni en el resto del mundo. Lo que sí significa es que nuestra creencia es fundamental en términos de nuestras palabras y acciones en el mundo en el que vivimos tal y como es. Hay personas hambrientas, encarceladas, enfermas y extranjeras en tierra extraña. Sabemos lo que hay que hacer.

Sabemos que estar con las personas a un nivel muy sencillo para proporcionarles lo básico de la vida es la esperanza. Sabemos que Dios trae esperanza, y nosotros somos mensajeros de esa esperanza. Nadie puede quitarnos esa esperanza.

La esperanza era palpable el sábado pasado, cuando nuestro nuevo Obispo Presidente, Sean Rowe, fue investido en una ceremonia que se pudo ver en livestream.

Mientras observaba, recordé que hace poco que solía caracterizarse a la Iglesia Episcopal como el lugar donde la gente iba a "ver y ser vista". Ese desafortunado dicho fue desafiado por la sencillez de esta investidura, y la franqueza del encargo del Obispo Presidente Rowe a la Iglesia Episcopal. Como nos dijo, tenemos que liberarnos de lo que nos retiene y nos impide vivir nuestra vocación. Yo añadiría que si queremos ser vistos, realmente vistos, tenemos que ser vistos como seguidores de Jesús. Tenemos que ser reconocidos como comunidades que siguen a Jesús.

La comunidad cristiana no puede existir sobre la base de la exclusión de los demás. Como seguidores de Jesús, en nuestro caso como episcopales, pertenecemos, no porque todos estemos de acuerdo, o tengamos la misma concepción de Dios, o hayamos votado por las mismas personas. Pertenecemos porque nos conectamos a través de la fe, compartiendo alegrías y tristezas, y siempre ampliando nuestro sentido de comunidad para incluir a aquellos que buscan aprender y compartir sus propias historias de fe.

En términos bíblicos, pertenecer tiene un significado profundo. Significa "ser plenamente conocido y plenamente amado por Dios y por los demás". Y esa pertenencia es lo que todos esperamos: ser conocidos y amados de maneras ilimitadas.

Probablemente recuerdas que el apóstol Pablo discutió con los corintios sobre su forma de entender lo que significaba pertenecer a una comunidad. Se enteró de que diferentes miembros de la comunidad decían que pertenecían a un líder u otro: Pablo, o Apolos, o Cefas, o Cristo. Pablo recordó a los corintios que su sentido de pertenencia no era producto de la lealtad a ningún líder humano, ni siquiera a sí mismo. Más bien, les dice Pablo, están bautizados en Cristo, y ese bautismo les dice quiénes son y de quién son.

Los corintios pertenecen a Dios y a su comunidad en constante expansión. También los episcopales.

Los corintios vivían situados en una importante ruta comercial, a la que llegaba gente de todas partes, y algunos se unieron al movimiento de Jesús en Corinto. La diversidad era tanto una bendición como un desafío.

En El Camino Real también vivimos en un lugar muy diverso. Somos una diócesis diversa en raza y cultura, geografía, socioeconomía, educación, edad, teología, política, etcétera. Me encanta nuestra diversidad. Hablo de nosotros a cualquiera que me escucha. Estamos orgullosos de nuestra diversidad, y sabemos que con esa diversidad hay un reto. Porque esa diversidad mantiene en primer plano las cuestiones de raza, género y lengua, y nos obliga a examinar nuestros problemas personales de prejuicios y parcialidad.

Nuestra diversidad exige que no sólo me reconozca a mí mismo como amada de Dios, sino que también te reconozca a ti como amado de Dios.

El Amor, con A mayúscula, el amor de Dios, va mucho más allá de lo que podemos imaginar o esperar, lo cual es una buena nueva. Porque ser amado por Dios supera las limitaciones de nuestra humanidad. Va más allá de los desastres naturales, las elecciones o las luchas personales.

Como personas que pertenecemos a la rama episcopal del Movimiento de Jesús, necesitamos que se nos recuerde que cuando utilizamos la frase "los amados de Dios", estamos incluyendo en ese círculo a aquellos hacia los que puede ser que nosotros no sintamos el amor.

Como seguidora de Jesús, debo enfrentarme a mis propios juicios, resentimientos y prejuicios, y esforzarme para entrar en el lugar donde mi corazón puede buscar el corazón de alguien con quien estoy en profundo desacuerdo.

Recuerden que nuestro anterior Obispo Presidente, Michael Curry decía constantemente: "si no se trata de amor, no se trata de Dios". Este es buen guía para todos nosotros. Que se trate de Dios. Que el amor ahogue el odio. Que la gratitud supere a la escasez. Dejemos que nuestros miedos queden atrás.

En la investidura de un Obispo Presidente, siempre se hace esta pregunta: "¿Cómo vienes entre nosotros y con qué confianza?".

La respuesta que da el Obispo es: "No vengo conociendo otra cosa que a Jesucristo, crucificado y resucitado. Vengo como peregrino para estar en oración con el pueblo de Dios a fin de ser fortalecido para el camino que me espera."

Esta auténtica afirmación está a nuestro fondo. Porque no hay ningún programa que nos salve, ninguna panacea que nos cure, nada más que esto: estamos en camino juntos, y tenemos trabajo por delante. Todo ello tiene sus raíces en nuestro Pacto Bautismal.

Esta obra no es nueva para cristianos, pues como seguidores del Señor Resucitado, fuimos hechos para tiempos como éste. Dios nos creó y nos formó para este mundo. Creyentes, pertenecientes y amados, somos personas de fe, en comunidad, y profundamente, profundamente amados por Dios.

Que Dios, en su misericordia, nos guíe en estos tiempos; pero, sobre todo, que nos conduzca hacia Él.